

KELP FOREST

Bajo la superficie oceánica existe un mundo mágico y necesario.

Julio Verne escribe en “Veinte mil leguas de viaje submarino”:
“Era aquel el reino de la verticalidad”.

Y quizá no exista una imagen más precisa para acercarse al uni-
verso
de los bosques de Kelp.

Al sumergirnos en estos misteriosos paisajes marinos, descubrimos que nuestra manera de relacionarnos con el espacio externo cambia. Dejamos de caminar para flotar, dejamos de avanzar en línea recta para desplazarnos siguiendo las corrientes marinas, dejamos de ser espectadores para convertirnos en parte de la escena, el paisaje nos envuelve, nos desplaza y nos transforma. Quizá por eso sumergirse en un bosque de kelp produzca un estado muy cercano al meditativo. En la inmersión, el tiempo parece adquirir otra velocidad. La respiración se hace necesariamente consciente y serena.

La ingravidez del cuerpo se acomoda a las atmósferas, equilibrándose con el juego rítmico de la inspiración y la espiración. La mirada se acostumbra poco a poco a otras distancias, y lo que vemos se nos aparece ampliado de forma novedosa. Entonces sucede algo paradójico: cuanto más nos alejamos de nuestro mundo cotidiano, más profundamente comprendemos que pertenecemos a él. Los bosques de kelp nos recuerdan que el océano no es un espacio separado de nosotros. Es uno de los grandes sistemas que hacen posible la vida en el planeta.

Contemplar su movimiento es contemplar una forma de inteligencia que no necesita palabras. Una arquitectura viva. Un organismo colectivo. Un paisaje que respira. Un lugar donde la luz, el agua, el carbono, los animales y las plantas participan de una misma danza.

Un mundo que no es únicamente un paisaje, sino una estructura viva que sostiene y alimenta a otras muchas formas de vida. Los bosques de kelp constituyen algunos de los ecosistemas marinos más productivos y biodiversos del planeta. Sus largas frondas, que pueden alcanzar entre 45 y 60 metros de longitud elevándose hacia la superficie, crean auténticos bosques submarinos, y están ancladas al fondo rocoso mediante un órgano llamado holdfast. Poseen vesículas llenas de gas que les ayudan a flotar hacia la luz del sol. En ellos encuentran refugio, alimento y lugar de reproducción numerosas especies, desde pequeños invertebrados hasta peces, mamíferos y aves marinas. El bosque entero respira y se transforma. Las flexibles frondas, en condiciones óptimas pueden crecer a la increíble velocidad de entre 30 y 60 centímetros por día. Desde el fondo del océano, estas enormes estructuras vegetales buscan la luz. Se elevan, se mecen, se entrelazan y se separan al ritmo de las corrientes marinas, creando sinuosos laberintos acuáticos. No permanecen inmóviles: en su baile hipnótico juegan con la luz dando como resultado escenografías en constante evolución. El kelp no solo crea un hábitat, también participa en el equilibrio de su entorno. Absorbe nutrientes, contribuye a mejorar la calidad del agua, puede amortiguar localmente la acidificación del océano y sus densos bosques ayudan a proteger las costas frente a la fuerza del oleaje y la erosión. Su existencia repercute mucho más allá de los límites visibles del propio bosque.

Y es precisamente esta idea de interdependencia la que me interesa. Nada existe de manera aislada. La hoja de kelp, el pez que se refugia entre sus frondas, la corriente que las mueve, la luz que las atraviesa, el oxígeno, el carbono, los microorganismos, el fondo marino y nuestro propio cuerpo forman parte de un mismo sistema.

La pintura que presento, nace de esta observación de la luz y de la oscuridad, del movimiento, que es constante y armónico, y es lo que transforma el paisaje a cada batida de las ondas marinas. Cada corriente modifica la posición de las algas; cada cambio de luz transforma el color; cada organismo altera, aunque sea mínimamente, el espacio que comparte con los demás, todo está conectado. Y quizá sea precisamente ese baile submarino, esa comunión silenciosa de todos los elementos, lo que nos obliga a rendirnos ante él. A volver, por un instante, a ese lugar donde nada y todo ocurre a la vez.

Al azul, a la materia, a la vida.

Ana Martínez, 2026